

LOS PLACERES DE LA MUERTE

En un Congreso de médicos celebrado hace poco en Long Branch, se ha discutido principalmente hasta qué punto sufre el hombre, mental ó físicamente, en el momento supremo de la muerte. ¿Abandonan los seres humanos la existencia en estado de consciente agonía? ¿Hay lucha en el momento de morir? ¿De qué modo se extingue y desaparece para siempre la llanita que representa la vida? ¿Qué sienten la mayoría de los hombres y de las mujeres en el borde de la eternidad? Estos y parecidos temas fueron los discutidos en el Congreso, y la casi totalidad de las opiniones estaban de acuerdo en que la muerte, en vez de ser un fenómeno al que acompañan las horribles manifestaciones descritas por gente que tiene más imaginación que ciencia, es sencillamente una sensación de placer puro.

Los médicos reunidos en aquel Congreso han afirmado que la eutanasia, ó sea el placer de la muerte, es universal, y que, aun en las formas más violentas de muerte no se experimenta otra sensación que la de un bienestar grandísimo, físico y mental. Ese bienestar tan profundo lo sienten todos los individuos, sean ó no creyentes.

Al término de la vida, en los momentos finales, la naturaleza administra su anestésico especial y el moribundo expira sin sufrir ninguno de los dolores que le afligian durante la enfermedad. Algunos médicos dieron fe de que en varios casos de muerte producida por las garras de fieras, las víctimas entraron pocos minutos antes de morir en un periodo de calma inefable que les hizo insensible la muerte.

La mayoría de los argumentos en el Congreso consistieron en revelaciones hechas por hombres y por mujeres, que después de estar casi muertos, volvieron á la vida por verdadero milagro y gracias á los esfuerzos de la ciencia. Según esas personas, el placer de morir es semejante al que se experimenta durante el sueño producido por la morfina; después del dolor sobreviene un estado semiconsciente en que todo se convierte en una visión flotante de indescriptible bienestar. En ese periodo no hay excitación en el cerebro, y el cuerpo y los nervios parecen inertes. La imaginación, sin embargo, continúa funcionando; pero sólo para trazar los cuadros más deliciosos. Todo el estado del sistema nervioso es de exaltación llena de placer.

Esta sensación experimenta el que se ahoga, así que cesa de luchar. Lo mismo siente el que se queda helado en la nieve. Todo el que ha llegado á las puertas de la muerte y ha vuelto á la vida antes de que ésta se extinguiera por completo, afirma esa misma sensación de placer consciente. Tan grande es el placer que se experimenta en el crítico momento de traspasar los umbrales de la vida, que más de una persona se ha mostrado irritada porque la arrancaban á la muerte.

Médicos que han observado á la muerte en la cabecera de centenares de enfermos, han visto todos que el abandonar la vida es un acto fácil y privado de dolor. Los militares afirman que los últimos momentos de los soldados moribundos son sin dolor. Cuantos han visto morir á otras personas se han cerciorado de que, con rarísimas excepciones, no hay manera de saber el momento exacto en que la vida desaparece; de igual manera que no puede definirse el instante en que una persona que se está durmiendo pasa del estado semiconsciente al sueño verdadero. Y el sueño es, como han dicho los filósofos, el hermano gemelo de la muerte.

Los médicos que en el Congreso han discutido estos puntos y han hecho públicas sus conclusiones, han prestado con ello un inmenso servicio á la humanidad. Privar de sus terrores á la muerte es dar un gran consuelo á los humanos y además alargar la vida humana.

Precisamente en estos días el célebre sabio francés Jean Finot, ha publicado un estudio declarando que una de las principales causas de la muerte es el temor á ella, y para aminorar ese terror, acude á argumentos muy parecidos á los del Congreso y cita máximas de filósofos. «Hacemos mal—dice Sócrates—en temer á la muerte, porque ella es nuestro bien mayor en la tierra». Séneca añade que la muerte es el mejor de los inventos de la vida, y Montesquieu recomienda que se derramen lágrimas por los hombres cuando nacen y no cuando mueren.

Finot, que además de sabio es un filósofo, se ha dedicado desde hace años á hacer la propaganda de la fórmula matemática de Richardson para calcular la duración probable de la vida de cada individuo.

Recordaremos en qué consiste la fórmula. Se suman las edades del padre y de la madre, de los dos abuelos y de las dos abuelas; se divide el total por seis, y se obtiene el número aproximado de años que es probable viva el individuo. Véase prácticamente un ejemplo. Supongamos que las edades de los ascendientes son:

	Años.
Padre.....	63
Madre.....	59
Abuelo paterno.....	47
Abuela parterna.....	84
Abuelo materno.....	90
Abuela materna.....	73
TOTAL.....	416

que dividido por seis, dan sesenta y nueve años y tres meses, duración probable de la vida de quien tuvo esos ascendientes.

El náufrago



AL QUINTO DÍA.—Quisiera poder consultar á mi médico un momento para ver si me aconsejaba que siguiera tomando cada tres horas estas gotas de aperitivo.

(Del Metropolitan):